

Los maestros en el banquillo de los acusados. Aproximaciones desde una crítica cultural

Miguel Angel Olivo Pérez
Universidad Pedagógica Nacional
miguelangelolivo@hotmail.com

RESUMEN

En este artículo se reflexiona en torno a los docentes de educación básica y su presunta culpabilidad central en la actual crisis del sistema educativo. Se desarrolla la tesis de que dicha culpabilidad refleja un prejuicio ideológico en el cual la concepción hegemónica de la sociedad sobre la tecnología juega un papel importante. En especial, se recalca la necesidad de ejercer una crítica cultural en la que se rescate el contexto histórico caracterizado por el predominio de, por un lado el ford-taylorismo, y por el otro lado de las nuevas las nuevas formas de organización del trabajo centradas en la gestión de la innovación. Estas reflexiones forman parte de un proyecto más amplio sobre identidades docentes que se lleva a cabo en la Universidad Pedagógica Nacional, en México.

Palabras clave: *Sistemas Educativos, tecnologías, maestros, identidades, cultura.*

Teachers under judgement. An approach to a cultural critique

ABSTRACT

This article analyses the circumstances of basic education teachers and their main supposed guiltiness in the actual crisis of the mexican educational system. The thesis develops that such guiltiness represents an ideological prejudgment in which the hegemonic conception of the society concerning to technology, plays an essential role. It stresses, especially, the need to do a cultural critique therefore it might be rescue the historic context characterized by the predominance of, by one side the ford-taylorism, and in the other hand the new forms of job organization focused in the management innovation. These thoughts are part of a larger project about teachers' identities that it has been taking place at the Universidad Pedagógica Nacional, México.

Keywords: *Educational systems, technologies, teachers, identities, culture.*

Introducción

Hoy pocos se atreverían a poner en duda que la mayoría de los sistemas educativos de todo el mundo se encuentran en crisis. Dicha crisis se puede considerar como un estado de *impasse*, en el que lo magro de sus resultados se ha convertido en un pretexto ideal para que sus principales protagonistas, los docentes, sean acusados de una incapacidad esencial para cumplir con las tareas que la sociedad les ha encomendado. Sin embargo, los orígenes de la crisis de los sistemas educativos, así como del hecho de que se suela colocar a los docentes, en especial a los de educación pública básica, en la palestra de los grandes acusados, se remontan mucho más allá de lo que sucede internamente en ellos; es decir, se pasa fácilmente por alto que ni los sistemas educativos se encuentran aislados de sus respectivas sociedades, ni los docentes tienen una responsabilidad exclusiva en el asunto, sino que ambos se insertan en relaciones complejas cuya legibilidad no suele circular públicamente.

Lo anterior sucede con mucho mayor razón cuando en la explicación que se le suele dar a dicho fenómeno tanto a nivel socioestructural como cultural,¹ los diagnósticos de lo que sucede no alcanzan a abarcar la espacio temporalidad que se debería. Y cuando llegan a existir propuestas de tal tipo, es decir de largo alcance, no son raros los reduccionismos y la aparición de

nuevos reciclamientos ideológicos comunes ya circulantes en la sociedad. Considerando lo anterior, en el presente artículo se esboza una perspectiva de articulación teórico-histórica con base en la cual se pueda hacer una interpretación plausible de lo sucedido en torno a las crisis de los sistemas educativos y la conversión social de los docentes en chivos expiatorios de dicho mal.

El argumento principal aquí sostenido, es que en la interpretación socioestructural de dicho fenómeno, donde la explicación organizacional se ha vuelto hegemónica, se han ignorado lo crucial que resultan los aspectos culturales. En efecto, paradójicamente, a un objeto de estudio predominantemente cultural, se le ha tratado de dar una explicación exterior a las subjetividades, al plantear que las condiciones normativas explícitas que se establecen para la organización de las actividades, es lo que decide finalmente sobre la eficacia de los sistemas educativos. De esta manera, la llamada por Jaques Lacan “preeminencia del gran otro simbólico” en forma de actividades organizacionales, se confirma como prioritaria por encima de las supuestamente indóciles, etéreas e inaprensibles subjetividades de los individuos. Sin embargo, contra ello, se puede defender que el estudio objetivo de las subjetividades tiene aún mucho que aportar.

El camino que aquí se seguirá consistirá en una exposición y crítica cultural de la concepción tecnológica de la sociedad, misma que a través de más de dos siglos

ha tenido en la organización del trabajo fordtylorista a su principal y más persistente núcleo de prácticas y creencias. Un aspecto esencial de tales prácticas y creencias burocráticas de organización del trabajo, son los rituales individuales y colectivos de veneración a éstas; las jerarquías, junto con las divisiones del trabajo decretadas como supuestamente eficaces, se consideran irracionalmente sagradas. De aquí que en su construcción y efectos perversos por lo general nadie suela tener la culpa, pues se le atribuye un origen incierto, y a cualquiera le puede suceder estar “arriba o abajo”. Tales creencias y comportamientos son más propios de un fetichismo disfrazado de secular, que de un mero accidente posmoderno vaciado totalmente de sentido.

Las perversidades de la concepción tecnológica de la sociedad

La ruta hacia la modernidad que alguna vez promulgaran los sistemas educativos occidentales, nunca hubieran podido ser legitimadas si no fuera porque las creencias y prácticas en torno a las máquinas, tanto en sus expresiones físicas, como intelectuales y metafóricas (Blumenberg, 2003), pudieron instalarse como una de las más poderosas configuraciones ideológicas que ha conocido la humanidad. La llamada *confusión de la extensión* (Hall, 1978), es decir, la creencia en los productos de las capacidades como superiores a las capacidades mismas, ha sobrevivido por más de doscientos años de manera omnipresente

¹ La división de la sociedad en los dos niveles de lo socioestructural y lo cultural, es de Margaret Archer (1998).

y todo indica que sigue gozando de buena salud. Prácticamente la gran mayoría de los grandes filósofos y sociólogos clásicos como Kant, Weber, Marx, Durkheim, Nietzsche, Heidegger, Sartre, Foucault, entre varios otros, se dieron temprana cuenta de esto y adoptaron diversas posiciones ya sea a favor o en contra, o ya sea en la ambigüedad irónica. Se podría decir sin temor a equivocarse que la concepción tecnológica de la sociedad es al día de hoy el rasgo esencial que caracteriza a “la pecera” en la que todos estamos hoy metidos.² La principal característica de la concepción de la organización tecnológica de la sociedad, es la organización autoritaria de las actividades de quienes trabajan (Gorz, 1977), la cual se basa en una división pretendidamente racional de las actividades laborales. Supuestamente, tal división es racional en el sentido de que se emplea “la razón”, cuando lo que en realidad se hace es emplear una razón estrictamente cognitiva y lógica que, como lo señalara la historia de la segunda mitad del siglo XX, paradójicamente acaba por acentuar la irracionalidad (Braverman, 1983; Lukács, 1969; Adorno, 1990; Habermas, 1993, 2009). Para decirlo de manera más concreta, cabe recordar el famoso ejemplo de Adam Smith de una fábrica de alfileres, en la que destaca que la especialización del trabajo es la clave del crecimiento económico y del bienestar social. Desde que Smith escribiera su clásico libro *La riqueza de las Naciones*, la ideología

² La metáfora de la pecera (un contenedor de peces hecho de vidrio) como un lugar en el que vivimos los seres humanos y no nos damos cuenta de ello, es de Michel Foucault (Veyne, 2009).

del trabajo como bueno en sí mismo no ha dejado de extenderse. En conjunción más tarde con las formas de organización del trabajo fordistas y tayloristas, partiría la constitución de toda una constelación ideológica acerca del trabajo y la sociedad que durante la mayor parte del siglo XX llegó a compatibilizar muy bien con las ideologías autoritarias.

Un obrero estira el alambre, otro lo endereza, un tercero lo va cortando en trozos iguales, un cuarto hace la punta, un quinto obrero está ocupado en limar el extremo donde se va a colocar la cabeza: a su vez la confección de la cabeza requiere dos o tres operaciones distintas: fijarla es un trabajo especial, esmaltar los alfileres, otro, y todavía es un oficio distinto colocarlos en el papel. En fin, el importante trabajo de hacer un alfiler queda dividido de esta manera en unas dieciocho operaciones distintas, las cuales son desempeñadas en algunas fábricas por otros tantos obreros diferentes, aunque en otras un solo hombre desempeña a veces dos o tres operaciones. He visto una pequeña fábrica de esta especie que no empleaba más que diez obreros [...] estas diez personas podían hacer cada día, en conjunto, más de cuarenta y ocho mil alfileres, cuya cantidad, dividida entre diez, correspondería a cuatro mil ochocientos por persona. En cambio si cada uno hubiera trabajado separada e independientemente, y ninguno hubiera sido adiestrado en

esa clase de tarea, es seguro que no hubiera podido hacer veinte, o, tal vez, ni un solo alfiler al día; es decir, seguramente no hubiera podido hacer la doscientas cuarentava parte, tal vez ni la cuatro-mil-ochocientos-ava parte de lo que son capaces de confeccionar en la actualidad gracias a la división y combinación de las diferentes operaciones en forma conveniente. (Smith, 1794, p. 9).

En este texto se impone como evidente por sí mismo, que hacer eficiente la producción de alfileres es un fin incuestionablemente bueno, sobre todo si el producto se fabrica en el menor tiempo y con el menor gasto de energía posible. Así, tanto el fin (producir más alfileres), como el medio (dividir el trabajo), son expuestos como convenientes y necesarios, o más aún, como imprescindibles e ineludibles.

En la promesa de que las grandes maquinarias físicas y políticas nos traerían a los seres humanos una mayor ilustración y dignidad humana, durante los siglos XIX y XX se les confió (¡y se les sigue confiando hoy!), la tarea de conducir y formar nuestras vidas. Tan influyente es la ideología de la concepción tecnológica de la sociedad, que hoy el avance tecnológico es un sinónimo incuestionado del progreso. Evidentemente, ello requiere de una fundamental ceguera ante el llamado continente historia (Althusser, 2008), ceguera a la cual subyace la presencia de una conciencia mutilada (Adorno, 1993) o una conciencia fragmentada (Thompson, 1998).

Para la perspectiva aquí asumida, es crucial la idea de veneración a dichas máquinas físicas, intelectuales o metafóricas mismas que Alberto Melucci (1996) y Anthony Giddens (1995) llaman *sistemas expertos*.

Se podría decir que en la defensa del sujeto frente al acoso de los sistemas expertos, una de las principales puertas de entrada consiste en considerar seriamente la posibilidad de que *el hombre hace a la tecnología, y no ya la tecnología hace al hombre*.³ Por tanto, en la actualidad la premisa de toda crítica racional es la crítica a la tecnología. Un factor decisivo para poder desarrollar dicha crítica, es considerar la diversidad de formas que en lo concreto adquiere la tecnología. Por atenernos sólo a los que aquí serán analizados, basta con limitarnos a señalar que la tecnología que se ha vuelto abstracta hasta niveles nunca antes sospechados, es decir, el que toma la forma de los sistemas expertos, encuentra entre sus materializaciones más importantes las siguientes tesis que defenderán en lo que sigue del artículo:

1. La burocracia organizada como una pirámide que, en lo vertical divide el trabajo desde una mayor a una menor calificación, y en lo horizontal lo divide para poner en competencia las

³ Como podrá haberse ya advertido, este enunciado es una paráfrasis de lo dicho por Marx acerca de que *"El hombre hace a la religión, y no ya la religión hace al hombre"* (Hegel, 1968: 7), que se refiere no a un simple momento, sino a una prevalencia constante de la creatividad del hombre por sobre las fuerzas ciegas de la tecnología aplicada o de los sistemas expertos.

diferentes unidades entre sí, ya sean departamentos o individuos, al interior de cada uno de sus niveles. En los últimos años se ha planteado que la eficacia se logra no tanto en la búsqueda de la estabilidad, sino a través de la innovación mediante el trabajo horizontalmente organizado. Pero esta propuesta lo único que hace es invertir todas las apariencias para seguir manteniendo el mismo mito fundamental más profundo: una máquina abstracta cuyo funcionamiento eficaz y adoración deben darse por sentados. En los últimos años en nuestra sociedad global, en lugar de la clásica pirámide que establece el orden, se recurre a la organización horizontal que procura tolerar e interpretar el caos; en ambos casos prevalece la idea de la máquina abstracta que funciona independientemente de las fuerzas interiores de los seres humanos, o mejor dicho, precisamente contra ellas. De aquí la necesidad de entender en qué consiste la potencialidad de los sujetos dentro de la historia.

2. Los programas, planes, proyectos o modelos que supuestamente gestionan con determinada velocidad y bajo específicas formas los cambios que supuestamente conducirían a las metas educativas deseadas. El gran mito, el fetiche en estas manifestaciones de la sociedad tecnológica, se encuentra expresado en por un lado, el automatismo de su funcionamiento (y su correspondiente magia disfrazada de secular), y por el otro en el voluntarismo espiritualista con que se pretenden

presentar e impulsar los avances. Aquí la perfección de la *forma máquina* supuestamente plasmada en los planes, proyectos, programas o modelos, es la potencia que suple a la potencia de los humanos.

3. Los rituales de adoración destinados a infundir el hechizo o encantamiento en torno a la forma máquina y la energía que brota de ella. Sin este elemento de fetichismo la llamada conciencia mutilada o fragmentada, simplemente no podría soportar seguir existiendo, considerando que todos los seres humanos requieren sentirse ligados a un algo trascendente ubicado a nivel de la cosmogonía. De aquí la necesidad de que la crítica a la tecnología parta de una visión total e histórica del mundo. O en otras palabras, la atención al continente historia, con su correspondiente énfasis en la predicción y la praxis en el dominio entero de la realidad (Lukács, 1969), es el comienzo de la crítica a la tecnología en la educación y en toda actividad humana.

Cuando prevalecen de manera no heurística los programas, los modelos y las instrucciones en las directrices burocráticas, los docentes no se auto orientan ni auto determinan fundamentalmente por sus propias fuerzas, sino que *predomina la ideología de que sus acciones deben de partir de lineamientos que esencialmente se generan y difunden desde fuera de ellos mismos*. No obstante lo anterior, atribuir a los docentes la responsabilidad de sus propias incapacidades, es un creencia que contiene en sí

misma el error de suponer que no existe una historia previa de las relaciones sociales y el sistema ideológico que les rodea; en realidad una historia de más de doscientos años que es enérgica y recalcitrantemente negada. Es a partir de tales historias, que es posible comenzar a tomar distancia de cualquier modelo o paradigma simplista de pensamiento que pretenda imponerse externamente al sentir y las concepciones de los docentes; son ellos quienes desde sus propios parámetros de crítica y racionalidad internamente elaborados (Habermas, 2008), pueden actuar desde la convicción profunda de lo que está bien y está mal, así como de los modos de representar su situación, definirla y lidiar con ella.

Desde que el concepto estándar de la ciencia (Chércoles, 2004, p. 26) se instauró como predominante en el siglo pasado en los países occidentales, se difundió la creencia de que la escuela desde el nivel básico al superior podía funcionar bajo la estrategia de la *tecnología educativa*, es decir, del “correcto” diseño y aplicación de los dispositivos o mecanismos que pudieran hacer llegar la ciencia al pueblo. Pues bien, por raro o increíble que parezca, dicha tecnología educativa, aparentando ser la cosa más secular del mundo, en realidad funge el papel de una *nueva religión no confesada*. La práctica del apego a los programas y reformas educativos se encuentra en extremo arraigada entre los docentes de educación básica mexicanos. Sin embargo, el hecho de que las instrucciones reglamentarias abundan en sus vidas cotidianas, no significa que se encuentren

esencialmente incapacitados para actuar por y desde sí mismos. El problema es más bien *cómo este último fenómeno sucede o no de una manera aséptica a la historia concreta de conformación de su situación*, tanto a nivel micro inmediato, como a nivel mediato y más amplio de la sociedad que les rodea. El complejo de prácticas y percepciones de los docentes es constantemente modelado por las relaciones que adquiere con los diversos actores de la sociedad, así como por los modos en que se van asumiendo los sentidos de lo trascendente a través del tiempo.

En la sociología de la religión es sabido que en las diferentes culturas predominan dos formas de asumir la existencia de Dios; como una separación fundamental entre lo terrenal y lo divino, y como una intención de estrechar dicha separación, ya sea a través del esfuerzo del trabajo en el caso de los protestantes, o de la identificación con el mártir sacrificado, en el caso de los católicos tradicionales. El momento en donde se expropia a los hombres del conocimiento y del sentimiento de sus propias fuerzas internas constructoras de futuros posibles (especialmente las de índole grupal o colectivas), cabe reconocer en uno de los extremos a un proceso de transferencia de dichas fuerzas a alguna entidad exterior a ellos mismos, y en el otro extremo, puede reconocerse el momento en donde se ensalza artificialmente o de manera falsa, la voluntad y la fe de los individuos. Ambos fenómenos pueden estudiarse a través del concepto de fetiche. El fenómeno del fetichismo puede

concebirse como una transferencia de las fuerzas interiores individuales hacia una entidad exterior, aunque también puede tomar la forma de percepción de las fuerzas interiores concebidas falsamente como propias. Etimológicamente la palabra fetiche proviene del portugués *feitiço*, que designa a los objetos de culto fabricados por los pueblos primitivos. A partir de la palabra “hecho” (en francés *feito*), se derivó la palabra “hechizo” (*feitiço*), como una entidad a la que se le dota de objetividad exterior y se le incorpora magia o poderes extraordinarios. Es evidente que no únicamente los objetos físicos pueden ser vueltos fetiches; también lo pueden ser las personas, las acciones o las figuras sociales ejecutando acciones. En sociología, uno de los conceptos más estrechamente relacionados con el fetiche es el de enajenación o alienación, que se refiere a la falsa conciencia y al sentimiento de infelicidad que los individuos experimentan al encontrarse en una situación de extrañamiento con respecto al mundo, los demás y sí mismos. (Jary, 1991, p. 13). Al día de hoy, pese al incuestionable triunfo del discurso interpretativo dominante (Touraine, 2009) las concepciones que son al mismo tiempo reveladoras y transformadoras del mundo, continúan abriéndose sus propios caminos bajo nuevas formas. Por supuesto, todas estas concepciones se encuentran en evidente oposición con aquellas otras en las que la acción humana no tiene importancia alguna, o sólo la tiene de manera secundaria (Olivo, 2011), y donde las estructuras, los sistemas y las funciones instrumentales tienen la prioridad a nivel público.

En lo que se refiere a los docentes de educación básica, no pudiera existir ninguna otra explicación mínimamente profunda acerca de su malestar, si no es recurriendo a una perspectiva amplia de las actuales transformaciones hacia una posmodernidad incrédula y simbólicamente vaciada de sentido. El proceso de expropiación de los ciudadanos y en especial de los docentes hacia sus propias fuerzas y capacidades, es parte de una guerra ideológica y material más amplia en la que los detalles de las historias vivas de lo implicado en ellas como por ejemplo la saña con que se lleva a cabo, así como los sufrimientos, las perspectivas, sentimientos y disposiciones y en general las derrotas y los triunfos en pro o en contra de los docentes, están insuficientemente analizadas. No obstante, no hay duda alguna de que dicha tarea ya se está realizando actualmente en diferentes modalidades y estilos (cf. p.e. Narodowski, 2004; Sarramona, 2006; Camps, 2011; Santos, 2010; Simons, M. & Larrosa, J., 2011).

En el contexto actual el acto de *adorar* constituye la base misma para que el fetichismo y la alienación sean posibles. En efecto, a través del bombardeo mediático de solicitudes para adorar a uno u otro signo disfrazado de símbolo, se tienden a disfrazar también las exigencias haciéndolas parecer como libres invitaciones a consumir experiencias estéticas supuestamente inocentes, pero que en realidad implican la expropiación de las fuerzas más íntimas de los individuos, a manera de trasladarlas fuera de ellos mismos, para que en cambio, sean las cosas mismas en forma de tecnologías

y mercancías lo que adquiere vida propia (Latour, 1993). La adoración se encuentra hoy instalada en nuestras percepciones de manera tan normal y naturalizada, que se ha llegado al extremo de considerarla como una actitud inofensiva y hasta conveniente. En el ámbito de la burocracia se pueden identificar tres instancias que comúnmente son objeto de adoración: a) los puestos y personas con poder en la institución, b) los derrames de mensajes de las bondades de los productos de la institución, c) la conjunción de las dos anteriores instancias: la acción del poder derramando mensajes de bondad de la institución que encabeza. En el actual contexto caracterizado por una notable crisis de las instituciones (Dubet, 2006), el fenómeno de la conciencia adquiere una importancia de primer orden (Lourau, 2008); si partimos de que la conciencia mutilada o fragmentada no es definitiva, y de que toda conciencia tiende potencialmente a ser integral, es decir, a religarse con cuestiones trascendentales llámense éstas religión, filosofía, metafísica etc. (De Ventos, 1980), entonces existe un espacio para suponer que el lazo social se puede recomponer a partir de dicho tipo de conciencia fundamentalmente moral más que de las instituciones. Esta ruta de indagación, esotérica o idealista sólo a primera vista pero viable desde el punto de vista de una praxis transformadora, resulta equilibrada si se le aborda como un reconocimiento del carácter psicoanalítico y social del mal y del bien (Fromm, 1974; Žizek, 1992). Por ejemplo, y para aludir a un fenómeno presente dentro de la propia academia ¿Quién negaría que

en la academia de hoy exista una especie de adoración de los conocimientos por sí mismos; es decir, una especie de *hobby* o gusto por el conocimiento en sí mismo, independientemente de los contextos en donde surgió, circula o es aplicado? Contra lo que se podría pensar comúnmente, dicho tipo de conocimientos no siempre son inocentes, sino que también pueden ser aplicados de forma perversa o moralmente condenable.

Los ámbitos burocráticos donde se genera conocimiento juegan hoy un papel muy parecido al del nimbo habitado por los Dioses; estos son supuestamente inalcanzables por los hombres comunes y solamente se les puede interpretar con ayuda de mediadores, personas especialmente capacitadas para tal fin; esta creencia es decisiva para el hecho de que en principio, pretender una democratización no ya del conocimiento, sino de la posibilidad de forjar una convicción con base en la cual adquirir una autonomía y sentimiento de fuerza propia, no es posible. A partir de este pequeño detalle es que puede reconstruirse toda una constelación históricamente formada de prácticas y creencias que abonan a la densidad de la confusión propiciada por la ideología. Las acciones de las burocracias se enmarcan en un complejo de prácticas, creencias y condiciones materiales que a primera vista no resulta fácil desmontar, pero a los cuales si son aplicados diagnósticos y acciones críticas, puede prontamente advertirse las maneras en que las praxis transformadoras (Kosik, 1973) o las acciones en los campos sociales

(Bourdieu, 1995) son posibles. En especial, las creencias y prácticas cuasi religiosas requieren ser sometidas a una crítica donde la profesión pueda ser leída de nuevas maneras a manera de poder estar en condiciones de ser públicamente discutida y replanteada. Desde el momento en que los imaginarios de los docentes persiste una fuerte reificación de los programas de curso, los procedimientos burocráticos y didácticos, así como de las nociones de normatividad y autoridad política oficial, lo cual junto con las contradicciones y obstáculos propios de la concepción tecnológica de la sociedad, repercute de manera significativa en la generación del malestar docente y la insatisfacción respecto a la profesión. La tarea de investigar cómo es que se dan estas articulaciones en instituciones y entornos específicos, ha de tomarse en cuenta que los aspectos reificados de la ciencia y la burocracia han estado debilitándose de manera paulatina en los últimos cuarenta años, lo cual se ha dado en el sentido de un creciente descrédito tanto de los expertos como de las jerarquías, a manera de propiciar el surgimiento de nuevas concepciones acerca de las formas apropiadas de desempeñarse en los ámbitos de la política y la ciencia. Aparte de que hoy, la sociedad presiona hacia una mayor modestia en las formas de revelar los diagnósticos y de ejercer el poder (tanto los científicos como los docentes y los políticos tienen que ser personas capaces de estar cerca de sus usuarios finales, que son los alumnos), las formas de organización del trabajo han cambiado drásticamente, lo cual plantea la necesidad de profundizar

en el tema del fenómeno del fordismismo en la educación y sus transformaciones hacia nuevas formas de organización del trabajo como por ejemplo, las basadas en las tecnologías flexibles. Tales cambios no significan que los procesos de fetichismo y reificación relacionados con los programas de curso y las nociones de autoridad hayan desaparecido, sino que éstos adquieren nuevas formas que es menester indagar y saber interpretar. Si bien en la actualidad la tendencia general ha sido que los procedimientos burocráticos se han flexibilizado y las verdades de la ciencia se han fragilizado, esto no significa que las resistencias y contradicciones relacionadas con tales cambios hayan dejado de existir. Una de las contradicciones más relevantes de la educación básica, se expresa en las formas y contenidos que en contextos específicos suele adquirir el proceso de expropiación de los docentes con respecto a su propio trabajo, mismo que no necesariamente conduce a una irremediable alienación con su respectiva crisis de sentido y anomia. Tomar precauciones contra este tipo de excesos en las creencias se vuelve imprescindible para que en los análisis empíricos al respecto, se consideren los extremos de impotencia/potencia como variables de posibilidades.

La utopía de la revaloración del trabajo docente

La descalificación del trabajo de los docentes de educación básica en México ha sido esencial para su control político, pues aunque parezca paradójico va en contra

del sentido común. A diario se anuncian en los periódicos, en decretos de leyes, así como en diferentes ejercicios de políticas educativas, la necesidad de actualizar o formar a los docentes de educación básica ¿Es posible hablar entonces de tendencia a la descalificación del docente de educación básica mexicano cuando por el contrario, muchas cosas indican que se han tomado importantes medidas no sólo para evitarlo, sino para adaptarlo a un conocimiento que se considera necesario adquirir frente a los retos del siglo XXI? ¿Es que dichas medidas no han funcionado? ¿Dónde reside el problema? Tanto los docentes, como los padres de familia, el gobierno y la sociedad, interaccionan a manera de formar entre ellos determinadas relaciones que habría que conocer mejor. Cuando en las acciones que vemos a diario, uno u otro de estos actores trata de cargar sobre el otro la responsabilidad de determinado problema de la educación (específicamente para el caso que aquí se estudia, que es el de la calidad del trabajo de los docentes), estamos hablando no precisamente de la realidad de las cosas o de una aproximación a la misma, sino en primer lugar y de manera preliminar, estamos hablando de relaciones políticas que tienen entre sí dichos actores y por ende, también de la *capacidad de cada uno de ellos de influir* sobre las definiciones públicas de la realidad y de las respectivas necesidades frente a ésta.

En la discusión pública sobre si los docentes de educación básica son calificados o descalificados, o bien en la pregunta sobre la calidad de la educación básica, el

desempeño de los docentes puede analizarse como una compleja pero sin embargo inteligible situación histórica, donde *el paradigma ford-taylorista, cuya esencia es la descalificación del trabajo, ha estado por muchos años también presente en el caso del sistema educativo mexicano*. Vayamos ahora a las premisas básicas de dicho paradigma, que tiene su centro en la división del trabajo y en la lógica de la especialización.

1. Al dividirse el proceso de trabajo global en sus diversos componentes, cada trabajador ve sólo una parte de su trabajo y no el conjunto, lo cual de inicio, lo incapacita para intervenir, opinar o colaborar en el trabajo de sus colegas (Gorz, 1977).
2. El trabajador, al recibir las instrucciones para su trabajo de manos de expertos ubicados en partes superiores de la jerarquía de la organización del trabajo escolar: a) se desdice o desentiende de la responsabilidad de saber prever los imprevistos, cosa muy importante si se considera que es precisamente la capacidad de prever los imprevistos lo que caracteriza el máximo nivel de excelencia,⁴ b) corre el riesgo de ejercer

⁴ Al respecto, vale la pena señalar que existe entre los docentes mexicanos un mito bastante extendido consistente en exagerar la importancia de planear, pero entendiendo la planeación en un sentido estrecho de fijar las instrucciones a manera de recetas y después seguir las al pie de la letra. El daño que ha hecho esta noción de planeación, se encuentra hoy bastante documentada por diversos estudios (p.e. Sacristán, 2009), al grado de que en la pedagogía es muy conocida como enseñanza tradicional.

las actividades de manera puramente procedimental, o sea, como un autómatas que recibe ordenes simples y sólo las reproduce,⁵ c) no le importa de qué manera se diseñó el trabajo ni cómo es éste en su carácter más global y profundo, y por ende, no se esfuerza por actualizarse en una visión global, ya que su trabajo se limita al fragmento de especialidad al que él está ya previamente designado. En suma, lo incentivos espirituales para desarrollar un saber de especialista, no especializado (Standing, 1990), son pocos o nulos.

3. El carácter fragmentado de su trabajo, mismo que es decantado previamente en reglas procedimentales previamente diseñadas y plasmadas por expertos en un manual de procedimientos, un programa escolar o una antología, tiende a provocar desafección por el propio trabajo, ya que al fragmentarlo, y al trasladarse la visión sobre su profundidad y su globalidad en manos de supuestos expertos, así como traducirlo en frías instrucciones a ejecutar cual robot repetitivamente paso por paso, todo esto termina por formar una profunda desafección por el trabajo realizado.
4. El carácter frío de la organización racional de los programas, de los protocolos organizacionales de la escuela, así como

⁵ A este respecto, el equivalente del obrero representado por Chaplin en la película *Tiempos Modernos*, donde se puede apreciar a un obrero trabajando como un autómatas, es ni más ni menos que el docente que en sus clases se limita a hablar o exponer el tema sin apreciar las reacciones de sus alumnos, ni querer entablar una conversación comprensiva con los mismos.

la homogeneidad del alumnado como matrículas a ser tratadas de manera estandarizada y anónima, son factores, que todos juntos, tienden a descalificar y deshumanizar no sólo al trabajo, sino también al trabajador que lo realiza.

Desde el punto de vista de esta forma de organizar el trabajo, resulta sorprendente el grado en que el Ford-taylorismo se ha instalado en sus rasgos principales hacia el trabajo de los docentes a manera de imponerle una tendencia a la descalificación. De aquí que no sea gratuito que, después del darse cuenta del largo engaño ideológico impuesto por una concepción tecnológica de intervención sobre la sociedad, hoy se hable tanto de la importancia de la subjetividad y del docente como sujeto. En su análisis de la nueva “personalidad flexible” que en los últimos años ha surgido como respuesta a los reclamos de control político de las burocracias, Brian Holmes nos advierte sobre las nuevas formas que han adquirido las cooptaciones de la subjetividad y del sujeto, donde la cultura se ha vuelto uno de los más relevantes campos de batalla de hoy en día (Holmes, 2004.). Como bien ha recalado Holmes, en las luchas por definir o interpretar lo que son la subjetividad y el sujeto, *la personalidad flexible* propia de las nuevas formas de organización del trabajo horizontales, ha sido la principal respuesta a la rigidez de las viejas formas de organización del trabajo autoritarias del siglo pasado, mismas que siguen persistiendo en numerosas instituciones educativas como unas curiosas islas segregadas del siglo XXI. Sin embargo, en

estas concepciones, que en la actualidad se están volviendo hegemónicas, el sujeto docente tiende a ser concebido en un sentido estrecho como la persona que debe poseer una serie de capacidades como iniciativa, creatividad, asertividad en la toma de decisiones, flexibilidad emocional, poder soportar situaciones de caos, entre varias otras. Al excluirse toda consideración de los entornos sociohistóricos en que se forman dichas personas flexibles, se erige el nuevo mito de la persona adaptable a casi todo, incluso al nuevo desorden de la educación (Narodowski, 2004).

Cabe señalar que tanto el viejo fenómeno del autoritarismo burocrático, como el de las tendencias hacia las nuevas formas de organización del trabajo y la personalidad flexible, deben de ser vistos como tendencias generales que admite diversas expresiones y excepciones, pero jamás entendiendo a éstas últimas bajo el marco de las decisiones puramente individuales o estrictamente determinadas en lo social, sino como posibilidades de acción dialécticamente determinadas entre por un lado, el marco de relaciones sociales específicas (de lugar y tiempo) en el que se inserta el fenómeno de la descalificación del trabajo de los docentes, y por el otro lado, por el modo en que culmina la formación personal y profesional de los maestros.

La historia de la humanidad en diferentes espacios y momentos, ha enseñado de manera insistente que a pesar de lo que establezcan los discursos educativos hegemónicos en cuanto a las prácticas e

ideologías deseables, siempre existirá a nivel de la vida cotidiana tanto como praxis efectiva como posibilidad, la polisemia en las formas de entender las reglas u orientaciones preestablecidos por los expertos. Este fenómeno, que Anthony Giddens acertadamente teoriza bajo el entendido de una ontología de potenciales (Giddens, 1994), es lo que en principio permite concebir a la sociedad como transformándose y el problema por tanto es identificar lo que cambia a partir de lo que hacen los docentes, los políticos y los burócratas en el día a día, a manera de que los tres tienden a establecer, en específicos espacios y tiempos, diferentes relaciones que pueden estudiarse también a nivel macrosocial, pero sobre todo a partir de una desenvolvimiento de sus relaciones en un tiempo histórico con diferentes parámetros de ritmos y espacios.

De todo lo anterior se ha visto cómo, en la crisis del sistema educativo y las respectivas responsabilidades y culpas atribuidas a los docentes de educación básica, la crítica cultural al elefante blanco de la burocracia deviene en una tarea crucial para la elaboración de una visión más equilibrada y plausible de lo acontecido. La metáfora del elefante blanco alude a la visión de un organismo gigantesco y desconocido ante el cual el sentido de existencia propia resulta insignificante. De hecho, tal fue la experiencia del personaje de Franz Kafka, el señor K., en la obra *El castillo* cuando al intentar ingresar al castillo se enfrenta a procedimientos absurdos, o en *El proceso*, donde se acusa a Josef K. de hechos que

éste no logra comprender y a los cuales se aplican leyes inescrutables. O bien, la experiencia de vivirse como un insecto ante los hechos y un mundo que se presentan como ineludibles en el sentido de no existir ningún margen de acción ante los mismos. El derrotismo de los textos de Kafka son indicativos de la unidad estilística de toda una cultura de la decadencia que se expresa en el arte decadente moderno del siglo XX, mismo que de acuerdo con George Lukács, llega al extremo de lo patológico al instalar en el centro de su interés a los individuos en estado de yectos (Lukács, 1974, p.34), quienes viven la alienación en todas sus formas, a manera de que les conduce a “una inmovilidad tremendamente disolvente” (Lukacs, 1974, p.48). Se puede decir que la grandeza de Kafka no se refleja tanto en sus lucidos textos, como en el hecho de que en el lecho de muerte ordenara quemarlos (Gabel, 1970, p. 47). De manera semejante a como el sentido de salvación irrumpió repentinamente al final de la vida de Kafka, Marcelo Pakman alude a la posibilidad de que a los seres humanos nos suceda lo mismo a nivel colectivo:

el riesgo de ser vaciados de sentido, de perder el quién somos para devenir en apéndices estereotipados de los sistemas sociales en los que necesitamos participar (ya que organizan nuestra vida en común), nos convierte en *alguien* reconocible y estructura cuantos logros en términos de justicia social se han conseguido trabajosamente a lo largo de los siglos (Pakman, 2011, p. 48).

Esto significa que, pese a todas las apariencias de la inexistencia de alternativas, pese al enorme cumulo de decisiones que nos puedan hundir en un derrotismo donde se nos aconseja que “En la lucha entre el mundo y tú, apoya al mundo” (Kafka, 2006, p. 53), la esperanza se encuentra en estado potencial de resurgir. De entre las diferentes formas posibles en que ello puede suceder, se encuentra la situación a la que alude la famosa metáfora de “El rey desnudo”, que puede acontecer en el momento mismo en que el poder, al ejercer acciones enfocadas a tratar de dotarse de la apariencia de absoluto, o como diría Esposito, de adoptar *la forma de simulacro terreno del absoluto* (Esposito, 1999, p. 15), de repente aparece a la vista como banal, “incolore, monótono, árido, tedioso”, “desértico” y “superficial”;⁶ es entonces cuando la falsa objetividad tiene el potencial de evidenciarse en todo su esplendor.

Sin duda, las vivencias de las diversas situaciones singulares que los docentes experimentan en cada época y lugar, con sus correspondientes matices históricos, complejidades y oportunidades para enriquecer las experiencias, constituyen las primeras víctimas de los grandes aparatos burocráticos modernos. En efecto, las rutinas, los reduccionismos de las tareas, la cristalización de las actividades en recetas, representan un veneno para las creaciones originales y por tanto, para la disposición de un sentido de trascendencia formado

en espirales de aprendizajes (Sloterdjick, 2012). La tendencia al crecimiento de los niveles jerárquicos y los puestos laborales constituye uno de los principales rasgos característicos de las burocracias, ya que desde el momento en que ingresan nuevos empleados, las oportunidades de ascenso para los que ya estaban previamente se hacen más apetitosas. Así, con cada crecimiento, se alimenta una lógica gremial en la que las burocracias adquieren una autonomía y una expansión de intereses propios (Weber, 1972; Maeztu, 1951, p. 132; Michels, 1979), fenómeno que aún hasta el día de hoy es escasamente reconocida como uno de los principales problemas de las sociedades contemporáneas.

En los países del norte, la expansión de las burocracias ha operado históricamente en una lógica militarista connotada en la ambición del imperialismo, mismo que no puede ser llevado al caso mexicano del nacionalismo, pues éste último tiene sus propias peculiares características. En el caso de México, durante las décadas posteriores a la nacionalización de la industria petrolera en el siglo pasado tanto el Estado como la población crecieron a ritmos inéditos; el gran aparato burocrático creado para gobernar a la gran masa de población en aumento, fue adquiriendo una lógica propia; es decir, una creciente autonomía que aún hoy se deja sentir y que es percibida como indispensable dada la omnipresencia ideológica de la concepción tecnológica de la sociedad.

Conclusiones

En el contexto del predominio ideológico de la tecnología considerada como intrínsecamente buena (Campa; 2011; González, 2004), concepción en la que los grandes aparatos burocráticos es una de sus máximas expresiones, no es raro que tanto los totalitarismos del siglo XX hayan conducido a un callejón sin salida al enfrentarse con trabajadores desanimados y apáticos frente a su propio trabajo, a quienes dentro de la concepción ford-taylorista primero se les pide que anulen toda iniciativa y creatividad en sus decisiones, para después, con los modelos de trabajo impulsados hacia finales del siglo XX (como por ejemplo los regidos por los estándares de “ISO”, la cultura de la calidad, los círculos de calidad total, y ahora con la exigencia de someterlos evaluaciones estandarizadas), ahora se les pide que recuperen precisamente aquello que antes se les negaba en cuanto a creatividad e iniciativa (Boltansky & Chiapello, 2002). Pero los exhortos para desarrollar tales virtudes se hacen en el marco de una concepción estrecha; si bien antes el objetivo era atacar la incertidumbre, y por ello los grandes aparatos burocráticos desplegaban la ingeniería de su diseño y de sus expertos, hoy en día tal objetivo ha sido rápidamente desplazado por el de manejar en lo posible la incertidumbre a través del despliegue de las capacidades de creatividad e iniciativa de los trabajadores; es decir, de precisamente aquello que antes los grandes aparatos inhibían. Esto por supuesto, no significa que de pronto las corporaciones se hayan vuelto bondado-

⁶ Esposito recupera esta genial observación de los escritos de la francesa Simone Weil (Esposito, 1993, pp. 183-205).

sas, sino que indica todo un gran giro de prácticas e ideología centradas en renovar el control por medios diferentes a los del pasado; antes el enemigo a vencer eran los aparatos burocráticos; hoy en cambio la ideología plantea que el gran obstáculo a vencer es el caos o la complejidad reinante en el mundo. En ambos casos predominan visiones reduccionistas cuya superación plantea un formidable reto, pues como afirma Brian Holmes aludiendo a David Harvey:

...la gran crisis del capitalismo no es sólo económica, pues también implica cambios tectónicos en las formas de tecnología y organizacionales, los arreglos institucionales y administrativos, los procesos de producción y trabajo, las relaciones con la naturaleza, la reproducción de la vida diaria y de las especies, y las concepciones mentales del mundo. Juntas, estas rupturas apuntan a la acumulación de una metamorfosis colectiva: una nueva articulación de los seres humanos en sociedad”⁷Recuperado el 26 de sep-

tiembre de 2012 de <http://www.egs.edu/faculty/brian-holmes/lectures/>

En este contexto donde el nacimiento de lo nuevo no acaba de definirse, o bien en donde su definición es ocultada o negada, la nueva ideología plantea que ahora son los individuos los que tienen que enfrentar con sus propios recursos la situación de caos y complejidad reinantes. Así, la transición hacia estas otras nuevas formas de control consiste básicamente en que si bien antes los promotores de los sentimientos de impotencia eran las grandes corporaciones burocráticas y autoritarias, hoy lo es el caos, ante el cual se exige de los trabajadores el ejercicio de las virtudes de la iniciativa y la creatividad pero desprovistas de toda concepción política y visión amplia de la sociedad. Y en los casos en que esto último llega a proponerse explícitamente desde la academia, la sociedad misma se concibe como opaca por lo fluida y compleja, como lo es el caso por ejemplo de los dichos de Zygmunt Bauman (2006) y Michel Maffesoli (2007). Sin embargo, no es tan evidente que los poderes del siglo pasado hayan desaparecido, sino que solamente se han ocultado un poco más que el siglo pasado a la mirada pública. Tal situación no puede enfrentarse con un mero voluntarismo o determinación individual, ni tampoco recurriendo a fanatismos comunitaristas o colectivistas (Touraine, 2009), sino de manera más fundamental, el estado de malestar docente puede acabarse primeramente actualizando el diagnóstico de nuestra situación presente, vista desde el reconocimiento del despojo de nuestra

inserción sociohistórica en la concepción tecnológica de la sociedad. Para tales efectos, la crítica cultural centrada en las dimensiones simbólicas de la acción de docente, constituye una vía para entender mejor las tensiones que caracterizan a la profesión del magisterio en la educación básica. La concepción tecnológica de la sociedad encuentra su razón de ser no sólo en los aspectos reificados de los símbolos que suelen circular entre los docentes, sino también en las prácticas de control que caracterizan a su trabajo cotidiano.

En las diferentes discusiones sobre la calidad de la educación pública básica en los diversos países del mundo, el control sobre el proceso del trabajo de los docentes se pone en juego desde el momento en que en dichas discusiones, se abre la posibilidad de transformar los parámetros de evaluación de la calidad del trabajo docente y de la educación en general. Tales parámetros deben de ser concebidos como construcciones sociales en las cuales se verifican luchas políticas donde las definiciones de las situaciones, los actores, así como del desenvolvimiento de las mismas adquiere una importancia crucial. En esta perspectiva, el malestar y estigmatización de los docentes de educación básica pueden interpretarse como derrotas políticas en las que los factores ideológicos tienen un peso decisivo, pues estamos hablando de percepciones a nivel de la opinión pública, mismas que pueden y deben de cuestionarse desde una ciencia social crítica. En dicha tarea uno de los principales retos es el estudio conjunto de las dimensiones sim-

⁷ ...the major crises of capitalism are not just economic. They bring on tectonic shifts in technologies and organizational forms, institutional and administrative arrangements, production and labor processes, relations to nature, the reproduction of daily life and the species, and mental conceptions of the world. Together these ruptures amount to a collective metamorphosis: a new articulation of human beings in society. (Holmes, 2012).

bólica y social del fenómeno, en el cual los numerosos factores intervinientes pueden ser reconstruidos en su compleja relación dinámica-histórica, sin que ello signifique tampoco descuidar los aspectos más estables o estructurales. Así, entre la tensión de lo estructural y lo dinámico histórico, el estudio de la acción humana (en este caso de los docentes de educación básica en sus tensiones vivenciales y prácticas), ha de privilegiarse como una “ilusión necesaria” (Zizek, 1992) que se debate entre lo determinado y lo indeterminado.

En efecto, lejos de que el siglo pasado se caracterice por la determinación totalitarista (es decir, de la burocracia y la ciencia), o al presente se le esté calificando como el siglo de la complejidad, el caos o la fluidez, lo cierto es que tales configuraciones históricas responden a dos ideologías con sus propios efectos de eficacia y sus propios espacios abiertos a la transformación o no colonizados, a partir de los cuales las acciones de los seres humanos concretos en situaciones concretas, ejercieron específicas influencias y otro tanto lo hicieron las múltiples fuerzas que en sus respectivos

momentos se hicieron presentes de manera inevitable ya sea en forma de fortuna o de contingencia, a manera de que junto con las acciones humanas, han ido históricamente modelando la situación general que ha caracterizado a los docentes en los últimos años de cambios convulsivos. Cambios que, desde otro punto de vista, pueden ser considerados también como esperanzadores, debido a lo imprescindible que de manera persistente se han mostrado los ideales de la educación y la democracia, sean cuales sean las posiciones desde las cuales se les conciba o practiquen.

Referencias

Adorno, T. W. (1990), *Dialéctica negativa*, Taurus, Madrid.

Adorno, T. W. (1993), *Consignas*, Amorrortu, Buenos Aires.

Althusser, L. (2008), *La soledad de Maquiavelo*, Akal, Madrid.

Archer, M. (1998), *Cultura y teoría social*, Nueva Visión, Buenos Aires.

Bauman, Z. (2006), *Vida líquida*, Fondo de Cultura Económica, México.

Blumenberg, H. (2003), *Paradigmas para una metaforología*, Trotta, Madrid.

Boltansky, L. & Chiapello, E. (2002), *El nuevo espíritu del capitalismo*, Akal, Madrid.

Bourdieu, P. (1995), *Respuestas por una antropología reflexiva*, Grijalbo, México.

Braverman, H. (1983), *Trabajo y capital monopolista. La degradación del trabajo en el siglo XX*, Nuestro Tiempo, México.

Campa, R. (2011), *La razón instrumental. El mesianismo nostálgico de la contemporaneidad*, Biblioteca Nueva, Madrid.

Camps, V. (2011), *Crear en la educación. La asignatura pendiente*, Península, Barcelona.

Chércoles Moñuz, D.; Mendizabal Aleixandre, G.; Gómez González, F. J.; Miguel González, L. J. (2004), *Evaluación del impacto social de proyectos I+D+I. Guía práctica para centros tecnológicos*, Departamento de ingeniería de sistemas y automática de la Universidad de Valladolid, CARTIF, Centro de automatización robótica y tecnologías de la información y de la fabricación, Valladolid.

De Ventos, X. R. (1980), *Crítica de la modernidad*, Península, Barcelona.

- Dubet, J. F. (2006), *El declive de la institución. Profesiones, sujetos e individuos en la modernidad*, Gedisa, Madrid.
- Esposito, R. (1993), *El origen de la política. ¿Hannah Arendt ó Simone Weil?*, Paidós, Barcelona.
- Fromm, E. (1974), *Ética y psicoanálisis*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Gabel, J. (1970), *Sociología de la alienación*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Giddens, A. (1994), *La constitución de la sociedad*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Giddens, A. (1995), *Modernidad e identidad del yo*, Península, Barcelona.
- González Casanova, P. (2004), *Las nuevas ciencias y las humanidades. De la academia a la política*, Anthropos, Barcelona.
- Gorz, A. (1977), *Crítica de la división del trabajo*, Laia, Barcelona.
- Habermas, J. (1993), *Ciencia y técnica como ideología*, rei, México.
- Habermas, J. (2008), *El discurso filosófico de la modernidad*, Katz, Madrid.
- Habermas, J. (2009), *La lógica de las ciencias sociales*, Tecnos, Madrid.
- Hall, E. (1978), *Más allá de la cultura*, Gustavo Gili, México.
- Hegel, F. W., (1968), *Filosofía del derecho*, Claridad, Buenos Aires.
- Holmes, B. (2004), *The flexible personality: For a new cultural critique*. Recuperado el 4 de septiembre de 2012 de: <http://www.beavergroup.org/pdf/fp.pdf>.
- Holmes, B. (2012). Description of seminar of Anthropology of crisis, 30`s-70`s - Today, recuperado el 26 de septiembre de 2012 de <http://www.egs.edu/faculty/brian-holmes/lectures/>
- Jary, D.& Julia, D. (1991), *Sociology dictionary*, Harper Collins, New York.
- Kosik, K. (1976), *Dialéctica de lo concreto*, Grijalbo, México.
- Latour, B. (1993), *Nunca hemos sido modernos*, Debate, Madrid.
- Lourau, R. (2008), *El estado inconsciente*, Caronte, La Plata.
- Lucáks, G., (1969), *Historia y conciencia de clase. Estudios de dialéctica marxista*, Grijalbo, México.
- Lukács, G., (1974), *Significación actual del realismo crítico*, Era, México.
- Maeztu, R., (1951), *La crisis del humanismo*, Sudamericana, Buenos Aires.
- Maffesoli, M. (2007), *En el crisol de las apariencias. Para una ética de la estética*, Siglo XXI, México.
- Melucci, A. (1996), "Individualización y globalización. Perspectivas teóricas", en revista *Estudios Sociológicos*, vol. XIV, Núm. 41, mayo-agosto, México.
- Michels, R. (1979), *Los partidos políticos*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Narodowski, M. (2004), *El desorden de la educación*, Prometeo, Buenos Aires.

- Olivo, M. A. (2011), *¿Hasta dónde saben los docentes? Estudio de caso: Unidad 098 de la UPN, Universidad Pedagógica Nacional, México.*
- Pakman, M. (2011), *Palabras que permanecen, palabras por venir*, Gedisa, Barcelona.
- Rodríguez Romero, M. M. (2003), *La metamorfosis del cambio educativo*, Akal, Madrid.
- Sacristán, G. (2009), "Diez Tesis sobre la aparente utilidad de las competencias en educación", en Sacristán, G. (comp.), *Educación por competencias ¿qué hay de nuevo?*, Morata, Madrid.
- Santos Guerra, M. A. (2010), *Pasión por la escuela. Cartas a la comunidad educativa*, Homo Sapinens, Santa Fé.
- Sarramona, J. (2006), *Debate sobre la educación. Dos posiciones enfrentadas*, Paidós, Barcelona.
- Simons, M, Masschelein, J. & Larrosa, J., (2011), *Jacques Ranciere. La educación pública y la domesticación de la democracia*, Miño y Dávila, Buenos Aires.
- Sloterdjick, P. (2012), *Has de cambiar tu vida*, Pretextos, Valencia.
- Smith, A. (1794), *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, Elderean, Valladolid.
- Standing, G. (1990), *Alternatives routes to labour flexibility*, Geneva, International Labor Organization.
- Thompson, J. B., (1993), *Ideología y cultura moderna. Teoría crítica en la era de comunicación de masas*, Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco, México.
- Touraine, A. (2009), *La mirada social. Un marco de pensamiento distinto para el siglo XXI*, Paidós, Barcelona.
- Veyne, P. (2009), *Foucault. Pensamiento y vida*, Paidós, Barcelona.
- Weber, M. (1972), *Economía y sociedad*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Zizek, S. (1992), *El sublime objeto de la ideología*, Siglo XXI, México.